



IV.

Señores:

La historia de la humanidad está íntimamente ligada con la historia de los grandes caracteres, porque todo gran movimiento civilizador, toda conquista del progreso se ha visto siempre acaudillada por uno de esos hombres excepcionales que arrastran tras de sí á los pueblos y los encaminan por nuevos y más amplios derroteros hacia la realización de hermosos ideales.

Ellos encarnan el espíritu de una raza ó de una época, condensan las tendencias vagas y dispersas de innúmeros seres, recogen en su alma todas las tristezas, todos los dolores, y haciéndose eco de todas las protestas, y respondiendo á todos los lamentos, y erigiéndose en defensores de los derechos escarnecidos, se enfrentan con poderes que tienen el prestigio de la tradición, rompen barreras seculares, derriban instituciones vetustas y carcomidas, desafían con entereza los furros de las borrascas sociales y presiden los grandes movimientos que cambian los destinos de los pueblos.

Pero las grandes revoluciones, las revoluciones que salvan; las grandes causas, las causas que redimen, han tenido siempre humilde origen y humildes campeones: en un oscuro rincón de Judea apareció el Cristo predicando su doctrina que era consuelo y verdad; en las ignoradas montañas de Covadonga resonó prepotente el grito de redención lanzado por Pelayo; de pobrísima aldea partió aquella amazona inspirada, Juana de Arco, que devolvió su patria á los franceses; del humilde pueblo de Dolores brotó el resplandor bellissimo de la alborada de libertad; y de entre las salvajes serranías de Ixtlán surgió quien habría de brillar como un sol sin ocaso, sereno, magestuoso, en los horizontes de la historia nuestra.

La patria de Hidalgo, empobrecida por las contiendas fratricidas, llevando su conciencia cargada de sombras, agonizaba ya..... necesitaba un salvador; y en aquella época de envilecimiento y servidumbre, cuando sólo se respiraba opresión y violencia y se vivía en el vicio y la corrupción, entonces, el destino hace surgir de entre las oscuras masas populares, de entre aquella espantosa confusión de pasiones y de actos, á un hombre de fuerza superior, de voluntad inquebrantable, que haciendo á un lado todos los escrúpulos, fulminó á la tradición, atentó sacrílegamente contra aquel pasado funesto, vació sobre la tiniebla torrentes de luz y luchó, luchó cuerpo á cuerpo, sin tregua, sin descanso, sin reposo, contra aquel enemigo terrible que sorbía las riquezas y la

vida y que aplastaba las conciencias bajo el peso del dogma.

Sólo una alma de acero templada en el fuego de odios santos, purificadores, solo el alma inmensa del Gran Juárez pudo soportar tan tremendas responsabilidades. Y fué el núcleo que mantuvo la cohesión en aquel grupo glorioso de constituyentes, y después de la encarnizada brega, la nación entera vió cómo, el Gran Presidente, sobre los escombros de aquel derrumbamiento colosal, mantenía incólume, izado al tope, y sostenido por su diestra prepotente, el combatido pabellón de la República.

Mas la lucha no había terminado. La paz que siguiera á aquella vasta conmoción revolucionaria fué sólo una tregua, una paz engañosa, fué como una de esas terribles calmas precursoras de las tormentas del océano. Después el huracán exterminador se desató más tremendo que nunca. La facción liberticida, el partido conservador, destrozado en San Miguel de Calpulálpam, no podía resignarse á la humillación de la derrota, no quería renunciar á sus propósitos de ambición y despotismo, y en su desesperación sombría no se detuvo ante la infamia, no retrocedió ante la vergüenza y el oprobio, y cual nuevo Judas fué á entregar su patria en manos del extranjero codicioso.

Sobre la tierra, húmeda aún con la sangre derramada, correrían otra vez torrentes de sangre, los campos verían sus mieses incendiadas, los hogares quedarían desiertos, abando-

nados, el aire se inflamaría con el chocar furioso de los aceros y el cañón volvería á estremecerlo con sus descargas ensordecedoras.

En aquella hora suprema, cuando la tempestad se venía encima, cuando todo parecía conjurarse en su contra, cuando tres potencias lanzaban sus escuadras formidables sobre nuestros puertos amenazando barrer con su metralla nuestro suelo, los que habían permanecido fieles á la patria juraron morir por ella antes que vivir llevando sobre sus frentes el sello de la ignominia.

Juárez se alzó otra vez gigante, engrandeciéndose ante el peligro, y fué el alma de aquella lucha tenaz, el baluarte de aquella resistencia.

Los pueblos en sus tareas de agonía han debido siempre su salvación á un arranque de entusiasmo, á un esfuerzo desesperado. Juárez y la pléyade de entusiastas liberales que se agruparon en torno suyo provocaron ese entusiasmo, esa rebelión suprema; Juárez que era la personificación augusta de la legalidad y de la justicia, mantuvo, con su impassibilidad de roca, con su constancia y con su fé, el valor, la fé y la constancia de los heroicos defensores de la integridad nacional.

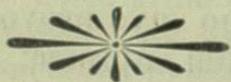
La independencia quedó asegurada bajo el gobierno de aquel hombre excepcional que había desplegado la poderosa energía de su voluntad de acero para conservarla.

Reformador de un régimen opresivo y retrógrado, y salvador de de la patria, Juárez se

vergue sobre el pavés de su inmenso prestigio hasta tocar con su frente de apóstol el cielo de la inmortalidad.

Por eso hoy, en el centenario de su natalicio, la nación entera canta en su loor aleluyas entusiastas y repasa la historia de su vida que servirá de ejemplo edificante, y fecundo en patrióticas enseñanzas para las generaciones venideras.

Joel Rocha.



V.

Conciudadanos:

En los escarpados riscos de las montañas de Oaxaca, en humilde pueblo de indígenas, se meció hace un siglo, en cuna más humilde aún, el que había de ser el más firme apoyo de la República federal y de la democracia en México, conquistando por su entereza, la elevación de sus principios, la firmeza de sus convicciones, y su amor y su consagración á la libertad y á la patria, el puesto más distinguido en la brillante pléyade de luchadores de nuestra segunda Independencia y la Reforma, y el justo y honroso título de "Benemérito de América!" Nació en la época de la dominación española, pero cuando comenzaban á generarse los fermentos y gérmenes de independencia, con los Hidalgo, los Morelos, los Guerrero y los Dominguez, y cuando la buena nueva, cuando el evangelio liberal y democrático de los derechos del hombre, proclamados en la Asamblea Constituyente de la nación francesa, se había extendido por todas partes, como una ola de fuego, consumiendo hasta en sus cimientos, el viejo edificio de la monarquía absoluta, y cuando la

nación que mejor encarna la democracia en el mundo, los Estados Unidos de América, tomaba el vuelo gigantesco que ahora admiramos.

Al hacer el destino que se meciera la cuna del gran patricio, en las quebraduras de enhiestas montañas, como se mece el nido de los poyelos del águila en los altos riscos, parece que quiso significar con eso, que el ser nacido lejos de la corrompida sociedad política de aquel tiempo, respirando en su niñez y juventud el aire puro y libre de aquellas montañas, había de hundir su triple garra de su amor á la libertad, á la democracia y á la república, en el inveterado monstruo del despotismo monárquico y de las viejas preocupaciones bizantinas. No parece sino que el aliento y la savia de aquellos grandiosos principios de los hombres del 89 en Francia, que marcan el momento supremo de la historia de los tiempos modernos, y cuyo triunfo hizo esclamar al inmortal Goethe: "Hemos presenciado el nacimiento de una nueva era de la humanidad", Juárez fué para México el apóstol de aquellos principios, y el sumo revelador de la nueva era.

Educado en el seno de nuestro pueblo, cuyas miserias, dolores y sufrimientos, vió y experimentó él mismo; alimentado con el escaso pan rudamente arrebatado á la dura tierra, cuya entera explotación estaba en manos de conquistadores poderosos, tan dominados por la codicia como por el orgullo; nutrido con las enseñanzas de la propia desgracia, de la propia miseria y del propio desamparo; dotado de un

espíritu tranquilo, observador y generoso; habiendo presenciado durante su niñez, su adolescencia y su juventud, las crudas luchas por la Independencia, y los encarnizados combates de los partidos, pudo el gran repúblico, forjar en su alma de hierro aquellas firmes convicciones, aquella decisión inquebrantable, aquel amor á la justicia, aquel recto criterio, aquella consagración por la libertad, y aquellos sublimes y firmes propósitos por el bien del pueblo, que fueron en su madurez, el norte y guía de sus preclaros hechos, permitiéndole llevar con segura mano el estandarte de la libertad, de victoria en victoria, hasta su último y definitivo triunfo.

Su oposición al dictador Santa Anna; su arrimo al caudillo de Ayutla, el General Alvarez, su desagrado por las contemporizaciones de Comonfort; su apego al Código de 57 que representaba las aspiraciones nacionales; su presencia de ánimo en el golpe de estado, que significaba el triunfo de la cobardía y la traición; su entereza para sostener el vacilante edificio de las libertades públicas, amagado por todo el poder conservador conjurado en contra suya; su arrojo personal en Guadalajara y Veracruz; la expedición de las Leyes de Reforma, en los momentos en que parecía triunfante la reacción; su firmeza en la lucha, no sólo ya contra las propias y añejas preocupaciones nacionales interiores, sino también contra el extranjero espíritu de conquista y el cesarismo europeo; su moderación después del doble triun-

fo de Calpulálpam y Querétaro: toda la vida política del grande hombre, manifiesta claramente el temple elevado de un carácter de hierro, como si el genio mismo de la libertad, le hubiese forjado en el yunque de las vicisitudes políticas, para provecho y orgullo de su patria y admiración del mundo.

Juárez nació del pueblo, y vivió para el pueblo: esto constituye su vida y su gloria!

Como político, jamás desesperó de la salvación de la República y de la Patria, conservando siempre fé inquebrantable en esos grandes principios que son como el evangelio del progreso en las modernas sociedades. El fué en México, el más convencido apóstol de la *Buena Nueva*, y su más firme sostén.

Vivió con la protesta eterna en el corazón y en los labios, contra todo acomodamiento ó capitulación, que pudiera falsear la conducta liberal y digna que siguió imperturbable, así en su gabinete del Palacio Nacional, como en las chozas esparcidas por los desiertos arenales de Chihuahua. Supo soportar con dignidad, los desconsuelos y amarguras de la derrota, y disfrutar con moderación y sin orgullo, de las embriagueces de la Victoria. Apuró sin desmayar, las decepciones causadas por el frío egoismo de los hombres, y miró de frente y sin envanecimiento, el sol augusto de sus triunfos... Salió de una choza de la escarpada sierra de Oaxaca, para ser admirado por los políticos y sabios, y por los pueblos amantes de la liber-

tad. Fué ensalzado por los publicistas en sus escritos, y cantado por la lira del poeta.

Juárez, más que un apóstol, más que un héroe, fué un principio, una idea: el principio de los derechos del hombre; la idea de democracia, encarnada en el indio de las enhiestas montañas del Sur.

Vivió grande, moderado y digno en la adversidad y en la fortuna; y murió como los espartanos de Leónidas, con la satisfacción y la gloria de haber cumplido con su deber para con las leyes y la patria. Sobre su tumba, esa patria agradecida, deposita cada año coronas de laurel, con que significa sus triunfos por la libertad, adornadas de negros crespones que simbolizan el eterno luto de una pérdida irreparable.

¡Llor eterno al que supo darnos patria y libertad!

X.

